

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCION Y ADMINISTRACION

4, ZABANDONA, 4

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 12 DE MAYO DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3

Núm. 944

PERIÓDICO GRATIS

Al que se suscriba a EL CORREO DE LEVANTE, desde hoy al 31 de Mayo, se le enviará gratis este periódico por los días que quedan de mes.

Para 1.º de Junio, se introducirán notables mejoras en EL CORREO DE LEVANTE.

LAS CORTES

Dentro de breves días darán comienzo las tareas parlamentarias. Los diputados electos acudirán con exactitud militar a la Comisión de actas, cuyas sesiones resultarán amenísimas para los que nada tienen que vencer allí, para los que la suerte en unos distritos ó la autoridad ó influencia indiscutibles en otros, les haya deparado actas claras y limpias; interesantes y decisivas para los que tienen que reunir duras batallas a fin de que desaparezcan los obstáculos que en forma de protestas se oponen a la validez de la elección; pero los unos por interés personal y propio y los otros influidos por la ley de la simpatía en sus variadas formas, no perderán momento, cumplirán con toda exactitud el deber de asistencia a las sesiones.

Aun después de constituido el Congreso, la asistencia seguirá siendo puntual: ¡quien pierde la discusión del mensaje, sobre todo en la ocasión presente en que ya se habla y hasta se apuntan y enumeran los incidentes que las oposiciones van a promover! Pero como todo llega, llegará el término del debate y con él la necesidad de que las Cortes aprovechando el tiempo, comiencen a ocuparse de lo que verdaderamente atañe al país, de lo que primordialmente debe merecer la atención de los Diputados y Gobernantes, si es que unos y otros, al ir a desempeñar los primeros cargos, lo hacen en cumplimiento de sacratísimos deberes y no como satisfacción de amor propio y vanidades mundanas, y entonces, ¡que decepción! entonces comenzará el desfile, las sesiones perderán todo su interés, el calor vehiculado de la pereza, adormecerá todas las actividades y la legislación terminará con languidez semicadavérica y lo que es peor, sin votar ni una ley siquiera de los que tanta falta hacen en este país, no para producir, que es fecundo de suyo, sino para encauzar y organizar, para conseguir el bien de que tan necesitado se halla.

Y así terminarán las Cortes su misión y serán disueltas y... no faltará quien atribuya estos males a accidentes secundarios y de momento, sin comprender que de ello, todos, absolutamente todos somos los responsables.

LUZ Y SOMBRA

¡Que simpático! ¡Qué hermoso el tema desarrollado por D. José Echegaray en su discurso de mantenedor de los Juegos Florales de Sevilla! ¡La alegría! La alegría es la salud del espíritu; constituye un manantial de bondades, es origen de dichas y bienandanzas.

Nada que es alegre es malo: la alegría de la mañana, la primavera, la juventud, la luz, todo lo que sonríe y

vivifica elevando el alma y llenando el corazón de gozes y armonías. Pero para que la alegría sea todo esto es necesario que nazca espontáneamente de hechos dichosos, de ausencia de penas, de satisfacciones interiores.

Y esta alegría ¡qué lejos está de la pobre España! Los hombres que mandan son tétricos, los sucesos que ocurren, tristísimos. En la Presidencia del Consejo de ministros se apoltronan la política morbosa y la irresolución neurótica de un hombre ilustre que gastó sus fuerzas en empresas superiores a los escarceos del ingenio que constituían la índole especial de su talento.

Para robustecer esta debilidad moral y poder subir al Poder con apariencia de virilidad, buscó este Carlos II de los gobernantes conservadores el apoyo del fraile laico, que expone desde el ministerio de la Gobernación las asperezas de un carácter dominado por la soberbia y la dureza.

¡Cómo ha de haber alegría mandando estos hombres en España! Aunque nuestra situación fuera próspera, ellos ahogarían en germen las satisfacciones como las heladas intempestivas de Mayo las flores que están para nacer.

De la morbosidad del uno, de las durezas del otro, nace el motín que ensangrienta las ciudades, que lleva la zozobra a los espíritus, la ingratitude a las almas y el duelo a los hogares.

Estamos peor que cuando sor María de Agreda dirigía desde su convento a Felipe IV sabias y prudentes advertencias que no eran escuchadas. Peor que cuando Torquemada sellaba la obra de fanática intemperancia que privó a España de brazos robustos para la labor y de inteligencias poderosas para la nacional cultura, y peor que cuando Calomarde era el instrumento de las mezquinas pasiones con que quería exterminar la libertad uno de los monarcas más odiosos que ha tenido España.

El himno a la alegría entonado a orillas del Guadalquivir, en medio de la primavera sonriente de Sevilla, por el gran poeta romántico que aún nos queda, por el que ha embellecido la Ciencia con los destellos de su imaginación portentosa, por el que une a los primeros de las eminencias del siglo de oro de nuestras letras las ideas de adelanto y de progreso, ha sido como un rayo de sol rompiendo las brumas que nos envuelven, un bálsamo de consuelo, un canto de esperanza.

Si hace falta a España la alegría ensalzada por el gran Echegaray, y es preciso que desaparezcan la melancolía, la tristeza, la amargura que se esparce por toda la nación desde las esferas oficiales.

El espíritu de la nación está con el poeta que canta desde Sevilla, no con los que dictan desde Madrid circulares tétricas y órdenes tiránicas.

La nación no quiere se la gobierne desde una alcoba y desde una celda. Ansia respirar auras refrigerantes, no el aire infestado por el olor acre de la medicina y por los aromas sacristanescos del incienso.

El discurso de Echegaray en Sevilla es la nota simpática y conmovedora de estos días. La última circular del señor ministro de la Gobernación la nota tétrica.

Con el gran poeta están todas las almas, con los fuestos gobernantes, los egoísmos y las impotencias.

Quisicosas

DESLINDANDO

¿Se me permite que hable en mi nombre; que sea yo y no EL CORREO el que habla?

Si en tan alto grado de estimación y aprecio no tuviera yo la persona del Sr. Tornel, mi respetable decano, seguramente que no volvería a ocuparme ya del enojoso asunto de la desaparición de «El Diario», ó mejor dicho de la desviada polémica á que ha dado lugar la muerte de tan querido periódico.

Pero precisamente por lo mucho que

en mi concepto merece el Sr. Martínez Tornel, no quiero dejar sin contestación su «Despedida» y estoy obligado á contestarle también por ciertas alusiones que me hace en «El Liberal» publicado ayer.

Al escribir yo en este periódico «La muerte de El Diario», no estubo en mi ánimo acrecentar la pena en el contristado espíritu del Sr. Tornel. Cumplí un deber, comentando según mi criterio desapasionado, el hecho de referencia; y al comentarlo recuerdo que señalaba la incompatibilidad que á mi entender existía entre el director de «El Diario» y el periódico «El Liberal» por la abierta contradicción que hay entre las ideas sustentadas por una y otra publicación.

En cuanto á este extremo, limitábase yo á señalar la incompatibilidad, sin hacer crítica de las ideas de «El Diario» y mucho menos de las de «El Liberal». No me declaré partidario de ninguna, ni dije que estas fueran buenas y las otras malas. Esta es la verdad.

¿Tenía yo derecho á escribir en el sentido que lo hice? Entiendo que sí.

Don José Martínez Tornel no es un neófito en la prensa, no es uno de esos plumistas cuyas ideas están por definir. El arraigo del catolicismo tal y como hoy se entiende, con todas sus intransigencias, casi con fanatismo, en las creencias del Sr. Tornel era conocido por todos los murcianos, y él mismo lo confiesa diciendo en su «Despedida», que ha sido «El Diario» esencialmente católico, más que ningún otro periódico de Murcia: confesión que tiene la sinceridad indiscutible de haber sido hecha á la hora de la muerte; y añade el exdirector de «El Diario» que á este, por sus ideas «hasta se le ha llamado periódico de sacristía y se le ha llevado al teatro simbolizado en un monaguillo».

Pues bien, atendiendo á esto: aunque, en efecto, se n las mejores las ideas un tanto libres de «El Liberal», y aún cuando fuera injusta la prohibición que de la novela que publica, pesa por disposición de las autoridades eclesiásticas; aunque las ideas de «El Diario» merezcan ser tachadas de intransigentes, y de excelentes, buenas, sabias y hasta santas las de «El Liberal», y aún cuando nosotros pensáramos tan libremente como este periódico... con nada de esto ni con todo ello junto se destruye la incompatibilidad que resulta patentemente probada entre las ideas del señor Tornel y las del periódico de cuya redacción forma hoy parte?

Y al decir que es de extrañar que un republicano, por ejemplo, entre á formar en las filas del carlismo ¿se dice que el carlismo sea malo ni que el republicanismo sea bueno? No y mil veces no. Con ello se quiere expresar únicamente que el tal republicano ha cambiado la casaca. Esto aparece tan claro que salta á la vista.

Verá el señor Tornel el interés que tengo en deslindar bien esta cuestión; pues ello obedece á que hay quien pone todo su empeño en confundirla con otra bien distinta.

Aparte de estas consideraciones que son del dominio público, yo tengo el deber de enviar al don José Tornel que ha muerto: al que por espacio de veintitantos años mantuvo una consecuencia de ideas que tanto lo honra y ensalza en el concepto público; al que supo hacer de «El Diario» un individuo de todas las familias de Murcia, por el cual se preguntaba con interés y cuya falta se ha sentido en todos los hogares, especialmente en aquellos donde al clericalismo se rinde ferviente culto; al escritor genuinamente murciano que supo interpretar fielmente los sentimientos, las aspiraciones, hasta los gustos mas insignificantes de este pueblo; al periodista que fué... yo tengo el deber, repito, que para mí es una satisfacción, de tributarle un respetuosísimo y cariñoso recuerdo de despedida.

Y al nuevo D. José Tornel, al que hoy se nos presenta en otro horizonte, como sol naciente que dara luz y vida á muy distintas ideas, le de enviarle mi cortés saludo de bienvenida junto con una rectificación.

No soy yo el único que recuerda lo que V. dijo en el banquete dado al señor Lacierva. Por fortuna... para el hotel Patrón, fueron muchos los comensales; que escuchaban con asombro aquellas inesperadas declaraciones.

Salir ahora con la ocurrencia de que al manifestar en aquél acto: que si pudiera declararse algo, se declararía conservador, quería decir conservador... del orden social, de la libertad, del principio de autoridad, etc., etc., es lo mismo que si pretendiera hacernos creer que cuando dijo que se haría conservador quiso referirse á fabricante de conservas de hortalizas, ponga por caso.

Ahora bien, muy gustoso reconozco que tiene usted muchísima razón al decir que si hubiera querido hacerse conservador no tenía que pedirle permiso á nadie.

¡Siempre como entonces!...

PEPE LAPIZ.

Nota bene: Después de escrito lo anterior, nos encontramos con que «El Liberal» publicado esta mañana, haciendo gala de una erudición mas barata que los tomos de la biblioteca Maucci, quiere sacar punta á la interpretación literal de la palabra anticlerical.

En el sentido usual—que es en el que nosotros la empleábamos—se dice anticlerical al que sistemáticamente ataca al clero, al que hace de los curas y de lo que representan causa de menosprecio; pero aún tomando la palabra anticlerical literalmente y de la misma manera se contraría ó sea la de clerical, nos afirmamos en decir y asegurar para probarlo que el Sr. Tornel y «El Diario» han sido durante veinticinco años, clericales; y que «El Liberal», según su propia confesión, es anticlerical: de manera que lo escrito esta mañana en este último periódico es el corolario de nuestras anteriores afirmaciones: demuestra una vez más y de manera incontestable la incompatibilidad que existe entre el señor Tornel, clerical durante veinticinco años y «El Liberal» anticlerical desde su fundación.

Un cuento diario

Enigma natural

—¿Entramos? Este café parece tranquilo.

Y franqueamos la puerta huyendo del estrépito infernal de la fiesta del barrio, con sus músicas horribonas, sus tiros de carabina, rugidos de fieras, discursos de los charlatanes que llaman al público para que vea el fenómeno de siempre, y el vertiginoso cabalgar de los ginetes y las amazonas del Tío Vivo.

Dentro del café experimentamos la sensación de agradable tranquilidad que veníamos buscando.

No tenía el decorado extravagante ni el público turbulento de las tabernas de moda. Ni vidrios de colores, ni tapices, ni esa profusión de caretas, por las cuales se podría creer que todos los coleccionistas de objetos del Japón se han hecho cafeteros.

Tampoco se veían esas camareras que dan á los parroquianos inocentes la ilusión de que se encuentran entre los bastidores de un teatro.

Dos camareros viejos, respetuosos y correctos. Los recuadros blancos con una media caña dorada, bonitas arañas y espejos; en suma, un simpático café de capital de provincia; y para que, nada faltase á la ilusión, Cipriano, un hermoso niño, hijo del dueño, vino en seguida á apoyarse familiarmente en nuestras rodillas.

Gozábamos del silencio. De vez en cuando, al abrirse la puerta del café, penetraba una oleada de notas discordantes; pero volvía á cerrarse la puerta y los oídos recobraban la tranquilidad.

Sólo dos ó tres mesas juntas estaban ocupadas por mujeres que jugaban al «mistigris». Cuando entramos, volvieron la cara y nos miraron con el mal gesto que se dedica á los importunos, después no volvieron á ocuparse de nosotros. No eran ni jóvenes ni viejas; la mayor parte bonitas y con demasiadas sortijas en sus nada finas manos.

Todas tenían el pelo escandalosamente teñido de rubio, y de un rubio de igual matiz; parecía una librea. Fumaban y bebían cerveza.

En medio de ellas se veía una morena, alta, la mas joven, sin sortijas ni pendiente, y en cuyo traje predominaban las prendas masculinas, cuello, pechera, corbata negra y chaleco blanco, cruzado por la cadena del reloj. Las demás parecían obedecerla; la que estaba á su derecha le liaba los cigarrillos y parecía muy orgullosa de su empleo.

Entró una criada, llevando de la mano á una niña de cinco años, gordita y sonrosada.

—¡Camila! ¡Aquí está Camila! Da un besito á la mamá y otro á la madrina.

La madrina era la morena alta; la mamá, la que liaba los cigarrillos. Se interrumpió.

—¡Qué linda es!

—¡Sabe más!

—¡Es un diablillo!

—¡Que rica!

Se pasaban á Camila de unas á otras, aturdiéndola con halagos y caricias. La hacían probar la cerveza y chupar los cigarrillos.

—¿Qué es esto, Camila?

—Un domante.

—¡Mira! ¡Tan paqueñita y ya conoce los diamantes!

Madame Herminia, la cajera del café, exclamó desde su puesto del mostrador:

—¿Me dejáis un poco á la niña?

—Anda, Camila; da un beso á madame Herminia; después jugarás con Cipriano.

La madrina había vuelto á sus naipes y la mamá á sus cigarrillos, mientras que yo, sintiéndome filósofo, pensaba en los crímenes del destino, por los cuales en aquel momento un muchachito sano, robusto y leal, estaría creciendo en algún rincón de provincia, bien ajeno de que un día le devorara el corazón el pequeño y adorable monstruo á quien veíamos jugar bajo la mesa con Cipriano.

No tuve tiempo para filosofar mucho. Oí gritos; vi que las mujeres se poblan en pie y que acudía Mme. Herminia. Cipriano, con la mejilla ensangrentada, llora como un becerro.

—Camila... me ha quitado... el dinero... y me ha mordido!

Mientras consuclan á Cipriano, Camila, colorada y sonriente, recibe un aluvión de besos y estrujones.

—¡Vamos, si parece mentira!

—¡Este comino!

La madre murmura con íntima satisfacción:

—¡Es un tesoro este raspajo! Aún no tiene seis años y ya no puede sufrir á los hombres.

—¡Pobres hombres! ¡Pobre provincia!

PAUL ARENE.

TIRO NACIONAL

Las prácticas realizadas el domingo, tuvieron por varios conceptos, extraordinario interés.

Se disputaban en primer término, los premios de cargadores concelidos por el señor Hilla, siendo obligada la posición de rodillas para optar á ellos. Con puntualidad extrema la acudieron veinte tiradores deseosos de demostrar que hacen buenos impactos cualquiera que sea la posición, y efectivamente reconocimos los grandes progresos de estos aficionados.

Alcanzaron los premios de carga los res, por el orden siguiente:

- 1.º D. Ramón Martínez.
- 2.º D. Pedro Martínez.
- 3.º D. Domiciano León.
- 4.º D. Domingo Maguraza.
- 5.º D. Jerónimo Buntista y
- 6.º D. Angel Rodríguez, observándose muy buenos disparos en las tiradas de los señores Beltrán Piñero, García (don José), León (don Antonio), Fontes, Cánovas, Montesinos y algunos más que siento no recordar.

Se acordó enseguida celebrar entre varios de los concurrentes un match entre dos bandas, que resultó curiosísimo é interesante, pudiendo asegurarse que no será el último el del domingo.

Constituyan un bando los señores don Joaquín Fontes, don José García, don Antonio Beltrán, don Ramón Martínez, don Mariano Montesinos, don

